

El constructor de sueños

Había una vez un niño llamado Ernesto que nació con las manos llenas de sueños y su mente abarrotada de ideas para llevarlos a cabo. Tenía una sonrisa fácil, tierna y unos ojos azules muy grandes y a ratos tristes, que observaban todo el mundo con la precisión de un microscopio. Tanto así, que a veces sus hermanos no entendían los tiempos de su ritmo y reclamaban sin cesar por sus atrasos. A primera vista Ernesto estaba sin hacer nada, pero con sólo mirar con más detención casi se podían ver iluminadas en su frente las miles de imágenes y artículos que estaba elaborando con sus hábiles manos. Así a medida que crecía, su familia no dejaba de sorprenderse con sus inventos que no sólo lo llenaban a él de orgullo al verlos funcionar sino también a sus hermanos y amigos. Gozaban tardes enteras corriendo en el auto a gas con seis ruedas o el volantín mecánico de puntas estrelladas y qué decir de las exactas predicciones del clima que podían tener gracias a su estación metereológica instalada en el techo del gallinero.

Frente a cada sueño o invento a sus padres les venía un doble sentimiento de alegría e inquietud y le preguntaban “Ernesto, ¿qué vas a hacer cuando seas grande?”. Una y otra vez, él les repetía su inquietante respuesta “Voy a ser un constructor de sueños”. Pasaron los años y mientras devoraba cuanta revista o libro llegara a sus manos, su espíritu crecía en libertad y su mente iba organizando y materializando sus ideas. No importaba mucho el tiempo que transcurriera, ya que él llevaba su propio reloj interno que en vez de minutos u horas, se regía por sueño empezado o sueño terminado. Si eso demoraba toda la noche o semanas completas, eso era “sólo un detalle”. Tampoco oía mucho la opinión de los demás ya que a veces sus oídos eran incapaces de despejarse de sus propias iniciativas para oír la de ellos. Muchas veces sus invenciones dieron resultados y otras tantas fracasaron llenando la casa de humo y estruendos desconocidos, por lo que decidió armar su pequeño laboratorio en una pieza que habían dejado para los cachureos. Los reclamos de sus hermanos disminuyeron un poco, pero no había noche en que no se oyera “Ernesto, apaga la luz” mientras él con su linterna seguía escarbando y experimentando.

Llegó a ser un gran hombre, formó una familia y empezó a trabajar para reunir un fondo que le permitiera hacer realidad sus sueños. Y como también tenía buena mano con los enfermos, trabajó de doctor un buen tiempo. Sin embargo, apenas se llenaba su billetera en vez de ir a gastarla en lo que todo el mundo haría, Ernesto experimentaba con nuevas plantaciones, edificios, caminos, tranques y cuánto pudiera imaginar. Los primeros años fueron difíciles; incluso algunos lo tildaban de loco, arriesgado, atípico ... especial. Y claro que lo era. Contraviento y marea, sacando fuerza de su espíritu logró construir grandes cosas que al igual que sus juegos de niños, permitieron ayudar a muchas personas y hacerlas felices. y